



6.º Concurso de  
**Cuento y Poesía**  
*Bibliómetro*



**B i b l i o**  
**M e t r o**

# 6.º Concurso de **Cuento y Poesía** *Bibliometro*



## **Sexto Concurso de Cuento y Poesía Bibliometro**

Primera edición, diciembre 2023

ISBN 978-956-244-593-1

Inscripción en el registro de propiedad intelectual: A-11711

### **Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Carolina Arredondo Marzán

### **Subsecretaria del Patrimonio Cultural**

Carolina Pérez Dattari

### **Directora del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural**

Nélida Pozo Kudo

### **Subdirectora del Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas**

Paula Larraín Larraín

Santiago de Chile

@ Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su recopilación en un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o medida (ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro o por otros medios) sin el previo permiso y por escrito de los titulares del copyright.



# Índice

PRÓLOGO ..... 9

PRESENTACIÓN ..... 11

## CATEGORÍA CUENTO

Primer lugar ..... 15

Sol en la cocina

Segundo lugar..... 21

Una pequeña en la historia del golpe

Tercer lugar ..... 29

El tata en la torta

## MENCIONES HONROSAS

Primera mención honrosa..... 37

El viejo galpón de 1985

Segunda mención honrosa ..... 47

El Memorial

Tercera mención honrosa ..... 57

La llorona

<b>CATEGORÍA POESÍA</b>	
Primer lugar .....	67
País Talado	
Segundo lugar.....	73
Regreso	
Tercer lugar.....	77
Carta de un padre a su hijo	
<b>MENCIONES HONROSAS</b>	
Primera mención honrosa.....	81
Caso quinientos trece	
Segunda mención honrosa .....	85
Peso muerto	
Tercera mención honrosa .....	91
¿Qué cuidas en mí?	

## *Prólogo*

En esta sexta versión del Concurso de Cuento y Poesía Bibliometro, nuestro equipo editorial determinó que la presente convocatoria dialogara con la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado, acontecimiento que marca significativamente la vida de miles de personas y reconfigura el relato de nuestra nación. Por este motivo implementamos este necesario espacio que permite promover la reflexión en torno a este hecho histórico por medio de la construcción narrativa que abre espacios y miradas diversas.

La propuesta expresa la oportunidad de estimular la memoria individual y colectiva, rescatando múltiples significados que reconstruyen el pasado, a través de relatos, vivencias, emociones y recuerdos que determinan un importante insumo para el ejercicio creativo. Práctica necesaria para manifestar que la incivildad y barbarie nunca más se repitan en nuestra historia nacional.

Creemos profundamente que nuestro rol como agentes culturales se vincula con la posibilidad de estimular el pensamiento crítico y simbólico,



práctica que pretende promover la comprensión en torno a un episodio traumático que debemos observar como una instancia para construir consensos y pactos de no repetición.

Esperamos que disfruten el contenido de este libro que expresa una oportunidad de apertura al diálogo al interior de espacios personales y también colectivos.

Equipo editorial Bibliometro

## *Presentación*

El Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas asume como misión contribuir al desarrollo de espacios participativos, abiertos a la diversidad, para democratizar el acceso a la lectura, la información y el conocimiento. Nuestros esfuerzos se centran en lograr este cometido, y por eso desarrollamos una serie de iniciativas que permiten que las y los ciudadanos puedan participar activamente en la red de espacios de lectura que conforman nuestro sistema.

En este sentido, Bibliometro, programa social con cobertura en espacios no convencionales de lectura y de alto flujo de personas, busca desarrollar actividades culturales que fomenten la lectura y escritura, invitando a todos y todas a participar de estas instancias de creación donde pueden expresar sus ideas, emociones y reflexionar sobre temas que son relevantes para nuestro país.

Uno de los objetivos de esta sexta versión del Concurso de Cuento y Poesía fue abordar un tema significativo para la historia de nuestro país, ya que pensar en la memoria colectiva, el valor de los derechos



humanos y la democracia es necesario para seguir construyendo una sociedad más igualitaria.

El resultado de esta convocatoria es la publicación que aquí presentamos, recopilación del trabajo de doce personas de diferentes edades y regiones, que con sus miradas transversales, lograron construir y narrar una historia colectiva. La invitación es a disfrutar estos relatos que contribuyen a hacer un ejercicio de memoria necesario.

Paula Larraín Larraín

Subdirectora del Sistema

Nacional de Bibliotecas Públicas

Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

## *Categoría* **Cuento**



## *Primer lugar*

### **Salomé González Aravena**



Nació en Santiago y es maipucina orgullosa. Pronto se titulará de bibliotecóloga y archivista. Se formó en los primeros niveles de la Escuela de Cuentacuentos de la Fundación Mustakis. Desde pequeña le ha gustado escribir, empezando por los cuentos que le pedían en las clases de Lenguaje y Comunicación hasta la actualidad, donde más que un pasatiempo, ya es una parte irremplazable de su rutina diaria. Siempre lo ha dicho: «yo escribo para mí, comparto por compartir y si a alguien más le gusta, pues mucho mejor». Vive con sus padres, personas que transmitieron en ella, desde niña, su amor por la literatura. Nunca ha tomado un curso de escritura o participado en talleres literarios, pero siempre ha contado con el apoyo de personas en los *fandoms* en los que ha participado y quienes sin duda, le han inspirado mucho en la creación de todas sus obras.





## Sol en la cocina

Sol despierta en medio de la noche. No sabe si su sueño fue interrumpido por el frío de la cama, ahora vacía, que comparte con sus padres o por el eco apagado de voces familiares que retumban en la casa y que ella no ha escuchado hace mucho tiempo. Así que decide bajar descalza por una escalera, que está en mejores condiciones que la de su primera casa. Al menos este departamento está terminado, tiene puertas y ventanas. Los pies pequeños de Sol se ponen pálidos por el frío, pero ella intenta descender sin llamar la atención de nadie. Un paso pequeño y luego otro, muy lento, como los gatos que viven en los techos cuando intentan atacar a la gallinita que tiene su Mamita. Y así como los gatos, Sol no quiere alertar a ninguna de las otras diez o más personas que viven con ella. Ni a sus hermanas, ni a su hermano mayor, ni a su cuñada, ni a su tía y tío, ni siquiera a su abuelita Javiera.

Ella es cautelosa, porque siente que necesita hacer las cosas con cuidadito, como le ha enseñado Mamita. Y es que, a pesar de tener solo cinco años, Sol ya sabe que está pasando algo muy importante. Lo siente en el aire enrarecido de una casa muy pequeña para tantas

personas y en la sensación de pesadez que empuja su cuerpo hacia abajo como si la estuvieran ahogando en una pileta muy profunda, de esas que usa su mamá para limpiar las cortinas de doña Jacinta.

Entonces Sol llega al primer piso y avanza despacito hasta la cocina, que hace tiempo no veía tan llena. Es allí donde ella encuentra a su madre, siempre grande y confiada, sentada en una silla mientras pareciera tener el corazón en su puño y sus ojos son iguales a los de las guaguas cuando hacen pucheritos.

—Mamita —la llama Sol en un susurro y Mamita le hace un gesto para que vaya a sentarse en su regazo. Delantal áspero y gastado que se siente como seda contra la piel de Sol. Es tan cálido y reconfortante que casi hace que la niña olvide los movimientos erráticos y las voces exaltadas de sus hermanos.

Sus hermanos: El Leo y el Carlos. Ellos son los hermanos que no ha visto desde hace mucho tiempo. Desde lo que pasó con el presidente y de quienes no puede contar nada, porque ha escuchado a su madre cuchichear que ellos deben seguir escondiéndose «o los van a agarrar». Sol no quiere que agarran a sus hermanos, por eso se ha quedado calladita. No quiere que pase como cuando los militares agarraron al Queque y al Tarro en



la calle tiempo atrás, el par de hermanos más choros de la población. Y los militares los pasearon por todos los pasajes antes de desaparecer por una de las calles que llevaba a la línea del tren. Desde entonces Sol ya no los ha visto en la plaza cerca de su block.

—Ya le expliqué papá, el partido tiene todas las cosas listas. Nos tienen los pasaportes al Carlitos y a mí. Nos tienen los pasajes pagados y donde quedarnos por allá, usted solo tiene que darnos su permiso y partimos —dice su hermano Leo, con una seriedad que la inquieta.

Sol sabe cosas a medias y sabe que «El Partido» es algo de lo que no se puede hablar más en ninguna parte. Ella recuerda que una vez escuchó a su hermano contarle a su mamá, luego de mucho tiempo afuera, como los «estaban preparando para estar listos». ¿Listos para qué? Sol no lo sabía y todavía no lo sabe. Pero ahora supone que tiene que ver con esa guerra «que al final no pasó», como dijo Mamita. Y es bueno que no pasara, porque las guerras son malas.

—Por favor, papá —ahora es su hermano Carlos quien ruega, aun si su cara es de pura resignación—. Por favor diga algo, no se quede callado.

—No. O nos vamos como familia de este país o no se va nadie —dice su padre, con una resolución que



retumba en toda la casa y hace que Sol abraze fuerte a su Mamita. Mujer que acurruca fuerte contra su pecho y la mece hasta que Sol se siente calentita y las nubes de tormenta en su cabeza empieza a desaparecer en un viaje rumbo al reino de los sueños.

Cuando abre los ojos, media dormida y media despierta, está nuevamente recostada en la cama que comparte con sus papás. Ni siquiera notó cuando se la llevaron de la cocina.

—Duérmete mi niña, duérmete mi Sol. Duérmete pedazo de mi corazón—la arrulla su madre hasta que Sol se duerme con unas lágrimas atravesadas en la garganta.

Pensará en ello la noche siguiente, cuando sus hermanos ya no estén y pareciera que nunca llegaron en la noche. Y pensará en ello cincuenta años después, cuando Sol recuerde que ella no vio a sus hermanos por meses. Pero allá afuera existirán familias de otros jóvenes militantes, que fueron hermanos, hijos, padres y nietos que, tristemente, nunca dejarán de ser jóvenes. Familias que jamás volverán a ver a sus seres queridos sentados en la mesa, iluminando la cocina como los primeros rayos del sol al amanecer.

## *Segundo lugar*

### **Palomba Albarracin Mori**



Es amante de las letras desde pequeña. Escribió su primer poema a los catorce años, a los quince participó por primera vez en un concurso literario, obteniendo el tercer lugar. Creció en Cerro Navia, hoy vive en Lampa. Trabajaba de forma autónoma desde 2020, previamente trabajó por diez años en alta dirección corporativa de la industria cañera. Es abogada y MBA de profesión, escritora y docente de oficio, pero siempre guarda tiempo para leer a: Gabriela, Isabel, Antonio y Gabriel, entre otros.

## Una pequeña en la historia del golpe

Mara, al igual que la mayoría de las niñas, disfrutaba de correr, usar los columpios de una plaza, saltar y sonreír. Como toda una niña de once años, no era amante de ir a la escuela, pero en su casa la mandaban igual.

Mara no siempre vivió en Santiago, ella y su familia venían de Lota, su padre era minero y su madre limpiaba casas ajenas, así, se ganaban el pan. La promesa de mejores rumbos les llegó de la capital y como la plata ya era poca, se animaron a migrar, pero al pisar tierra capitalina, no tenían plata para arrendar, eran ocho con papá y mamá.

Se juntaron con muchas personas para cobijarse en un campamento. Violeta Parra, le decían, era muy conocido entre quienes habitaban la zona poniente.

Como cada martes, Mara se dirigió a la escuela, de malas ganas, pero deseando ese vaso de leche con galletas que le daban al llegar. Para su sorpresa, ese día no hubo galletas ni leche, todo era un caos, nadie decía nada, hasta que llegó una auxiliar del aseo y le dijo: «¿Niñita que *tai* haciendo acá? ¿Acaso no *sabí* lo que pasó? Ándate pa' la casa, ándate corriendo pa' tu casa, ¿cómo tu mamá te mando a la escuela igual?, ¡Ay dio' mío!, ¡ya!, corre, corre».



Mara, muy obediente, corrió y llegó a su casa. Cruzar esa puerta se sintió como nunca, no tenía idea que pasaba, era como si algo malo les iba a ocurrir. Cuando vio que su mamá tampoco fue a trabajar entendió que algo serio, y que solo podían resolver los grandes, estaba pasando.

De un día para otro, no tuvo que ir más a la escuela, en su casa estaban todos callados. Su hermano mayor se había quedado sin trabajo y les dijo: «Voy arrancar, pa' Argentina». A su papá se lo habían llevado para un control de identidad, se demoró dos semanas en aparecer, llegó con los ojos morados y le faltaban dientes. Mara sabía que algo andaba muy mal, ahora deseaba esos días de escuela, o poder salir con sus amigos a correr y saltar, pero no, de pronto solo la dejaban salir para comprar. Iban todos los niños de la cuadra, cada uno con una bolsa para el pan, solo vendían medio kilo por persona, entonces tocaba ponerlos a todos a esperar. Las instrucciones de su madre eran claras: «Si te preguntan si ustedes son familia, no, van juntas porque son amigas (en su casa la mandaban a ella y dos hermanas de similar edad), y si se las quieren llevar, se ponen a gritar, patalean fuerte muerden si es necesario y se ponen a correr hasta llegar a la casa».

Tener once años, ya no era tan entretenido, su casa era triste, pero se acostumbró. Al pasar los meses, se enteró que al presidente lo habían matado, y que por eso todas las vecinas decían que: «Había quedado la cagá en Chile». Pero a ella las cosas le parecían cada vez más normales, es que fue poco lo que vivió antes del golpe, veía trivialmente los años pasar. Se adaptó a salidas clandestinas, a los toques de queda, para ella, eran historias de niña ir juntos a hacer la fila pa'l pan.

Según Mara, las fiestas a oscuras, tenían algo de especial, era el momento perfecto para pinchar y bailar apretados con el vecino que te gustaba. Les decía a sus amigas: «Si igual la pasamos bien, aunque este viejo tenga la cagá», y se reían, pero bajito, nadie las podía escuchar. No terminó la escuela y trabajó desde muy joven, limpió casas, sirvió mesas, destapó baños y un sinfín de cosas más. Un día logró entrar a una fábrica de *jeans*, era quien cortaba las hilachas y los dejaba listos para planchar. Su hermana mayor, que también trabaja en la industria textil, le decía: aprende Marita, para que puedas avanzar, a las que cortan les pagan mejor y las que cosen llegan a jefas y también ganan más. Lamentablemente, Mara nunca ascendió.

Se enamoró y se casó, olvidando su sueño de ser jefa, ahora solo pensaba en ser madre, además, se enteró que la fábrica de *jeans* había cerrado, el dueño se fue a la quiebra, y como tantas empresas nacionales, no aguantó. Pasaron los años para Mara, tuvo una niña y como buena madre, la llevaba todos los domingos a la iglesia. Fue en uno de esos domingos que ocurrió una catástrofe nacional: terremoto grado ocho, decían en la radio. Afortunadamente para Mara y su familia todos estaban bien, ella decía, que dios, los había llevado ese día a la iglesia, por eso no les pasó nada.

A los pocos años de ese terremoto, las calles de su barrio se empezaron a llenar de panfletos, que decían: «¡Anda a votar!», y como siempre en la historia de su vida, Mara sabía que algo grande, también le iba a pasar. Unos días después, fue donde su matrona, hace semanas que no le llegaba la regla y se empezó a preocupar, pero su alegría fue doble, no solo se iría el popularmente conocido «Tirano», sino que, sería nuevamente mamá.

Ella sentía que en su vientre, al igual que en las urnas, se gestaba una nueva posibilidad. En su mente sonó casi de forma automática, una frase que había escuchado decir alguna vez a su profesor de historia en la escuela: «Aún tenemos patria ciudadanos», y se

sintió aún mejor. Podía casi tocar cómo las cosas iban a cambiar, su nueva hija tendría una mejor escuela, en su casa ya no se comería tanta sopa de pan, podría decir nuevamente lo que pensaba sin temor de que algo le fuera a pasar. Ese día Mara soñó despierta y se emocionó tanto, que se puso a llorar.

Con el plebiscito cada vez más cerca, su guata no dio más, empezaron las contracciones y se fue al hospital. La enfermera le dijo: «Uf, mamita, tu niña nace hoy, te vamos a ingresar, avisa que te vas a quedar». Al hospital llegó su madre, una hermana y su tía, le llevaron algunas cosas, para que vista a la nueva nieta, eso le dijo su mamá. Mara regresó muy contenta a su hogar, ahora tenía a dos pequeñas y sería en un nuevo Chile donde las iba a criar.

Era la primera vez que votaba, estaba nerviosa, se sentía una heroína, era por sus niñas, era por ellas, que se animó para ir a votar. Ya en la caseta de votación, marcó su preferencia, dobló su voto y le dio un beso antes de echarlo a la urna, en ese beso y en ese voto puso todas sus esperanzas, sabía que el cambio se venía y que el «¡NO!» lo iba a lograr.

Nunca fue mucho de política, en su casa le habían enseñado a tenerle miedo, «Mara, a los que hablan de

política, se los llevan», le decía su papá, pero ella, ya no tenía miedo. Es que ese cinco de octubre, se sintió nuevamente como a los once años, cuando corría para llegar a la plaza después de ir a estudiar, con la cara sudada y las mejillas rojas por la emoción, se sintió tan plena. La vida le supo a posible nuevamente.

Fue con su hija en los brazos, a los pocos días de haber cumplido dos años, que Mara veía en televisión como las noticias mostraban que ya era un hecho del pasado el Muro de Berlín, relataban noticias sobre la declaración internacional de los derechos del niño, y varios sucesos históricos más. Ese día llegó el turno de Chile, aportaríamos también a la nueva realidad de la política internacional. Al fin sucedió la tan anhelada entrega del mando. El «Tirano», se iba, la democracia volvía, y este nuevo presidente gobernaría.

Mara cerró sus ojos, dio un suave suspiro y besó la frente de su pequeña. Lo que soñó por tantos años, estaba comenzando, era para ellas, por sus hijas. El beso y la esperanza, plasmado en su voto, funcionaron. La dictadura se terminaba.

## *Terceer lugar*

### **Marcelo Enrique Catalán Concha**



Es maulino de nacimiento e institutano de alma, y lo comenta con orgullo. Le encanta el sur y la lluvia. Vive con sus dos seres queridos: su amada y hermosa Geraldine y su querido Lukas. Trabaja como encargado de recursos humanos en la construcción, de manera asalariada y de repente independiente. Le fascina el fútbol y un poco menos las carreras de caballos. Hinchas de Colo Colo y del Rangers de Talca. Escribe de vez en cuando, manteniendo miles de ideas en la cabeza, que algún día saldrán a flote. Le gusta cocinar y devora los asados al lado de unas cervecitas. «Cuando joven era más poeta que cuentista, creo que daba más réditos al momento de la conquista». Actualmente está creando un relato cuyos protagonistas son un ermitaño y un taxista. «Dedico este premio a mi amada madre, Sylvia, que falleció repentinamente en febrero de este año. Una lectora voraz».

## El tata en la torta

La Tita debió haber llorado toda la noche. Su cabecera estaba empapada en silenciosas lágrimas. Como de costumbre, aquel día se levantó antes que yo, y aún más temprano, a pesar de ser lunes, estar muy helado y el cielo con ganas de explotar en un aguacero. No la escuché quejarse de su cadera, ni tampoco oí que se le cayera su bastón (a propósito) para despertarme. Dormíamos en el mismo cuarto. Ella en su eterna cama de bronce y yo en un somier de madera de una plaza. Mi mamá y su pareja compartían la otra habitación. Afortunadamente, ese año no llovió casi nada. De lo contrario, se nos caía la casa de un zuácate con los temporales. Bueno, a decir verdad, era una estructura demasiado enclenque, posada en la ladera oeste del cerro Mutrún, ahí donde golpean a la primera las fumarolas de la planta elaboradora de celulosa que impregnan con su característico aroma a todo Constitución. Lisa y llanamente una casa Corvi, más vieja que mi Tita, que aquel año 2023 cumplió sesenta y ocho años. Yo, doce. Sin embargo, aquel hogar fue el ejemplo a seguir que me forjó como persona hasta hoy.

Aquella mañana, mi abuelita no nos dejaría preparado el desayuno (en rigor, el tazón de leche y dos





tostadas con manjar). Nos comentó la noche anterior que bajaría caminando al puerto Maguillines y posteriormente se dirigiría al cementerio municipal muy cercano de nuestra casa. Nos mostró dos claveles que, como cada año, compraba en la feria que se ubicaba todos los miércoles y domingos frente a la isla Orrego, aquella donde murió mucha gente para el terremoto del 2010. Un clavel lo lanzaría al mar y el otro sería para dejarlo encima de la gruta de mi tata Vladimir. Cada año, desde 1974, el mismo ritual. De acuerdo a lo que mi Tita recabó por su cuenta y apoyada por organismos de defensa de derechos humanos, al tata lo asesinaron lanzándolo desde un helicóptero de la armada a las aguas del pacífico frente a la séptima región, amarrado a un trozo de riel ferroviario cortado de las vías del troncal Talca-Constitución. Oficialmente, era un detenido desaparecido. El pacto de silencio continuaba infranqueable entre boinas y corbatas.

Aquel 11 de septiembre fue una fecha colmada de muchas emociones en donde predominó el dolor y la injusticia en mi familia. No obstante, también hubo esperanza y espacio a soñar nuevamente. Se cumplían cincuenta años del golpe de Estado político cívico militar. Asimismo, festejamos las bodas de oro de

mis abuelos, a pesar de que aquel matrimonio fuese acribillado por la dictadura hace ya tantos años. No en pocas ocasiones mi familia debió conmemorar en penumbras, debido a los apagones de la década del setenta y ochenta. No podía faltar como cada aniversario, el borgoña y la torta de milhojas con manjar y nueces que le encantaba al tata Vladi. Sin embargo, solo una figurita de mazapán vestida de novia que representaba a mi abuelita Mercedes coronaba el pastel. El tata estaba desaparecido, no podía estar encima de la torta. Esa era la respuesta que siempre me daban.

Ellos se alcanzaron a casar en el registro civil de Talca aquel gris martes invernal. Por la iglesia estaba fijado para el sábado 3 de noviembre, a modo de festejar igualmente los tres años de gobierno del compañero Presidente, el Chicho Allende, que se conmemoraba al otro día. La celebración sería en el restaurante El padre Adán, frente al terminal de buses de Constitución. Sin embargo, afuera del registro civil lo esperaban dos hombres de terno, bigotes y gafas oscuras. Lo subieron encañonado a un Chevrolet Opala color beige, mientras igualmente apuntaban a la parentela y amistades reunidas en torno al matrimonio de mis abuelos. Al volante, un compañero de trabajo del tata en la brigada

contra incendios de la papelería. La Tita nunca más volvió a verlo. A su flacuchento barbudo y revolucionario, cuatro años mayor que ella, el mismo que le tiritaron las piernas al pedir su mano por no tener mayoría de edad aún, lo hicieron desaparecer.

De vuelta del cementerio, a la Tita la esperaba el cartero junto a mi mamita, que lloraba a mares. Ella no alcanzó a conocer a su papá. Estaba en la guatita de mi madre cuando lo hicieron desaparecer. Don Serafín le entregó el sobre cuyo membrete provenía del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. El documento comunicaba el pago por reparación en nombre del Estado a causa del crimen de mi abuelo. La Tita ahora sí podría cumplir dos de sus grandes anhelos de vida: comprarse su casa soñada frente a la costa de Constitución y erigir un sitio de memoria en la ciudad, ojalá frente a la Piedra de la Iglesia, lugar donde conoció al tata Vladimir. Sin embargo, sus restos aún continuaban inubicables.

La vida, a pesar de los dolores y obstáculos que nos propone, entrega momentos que se atesorarán para siempre y cuando menos lo esperamos, el valor de estos se multiplica. Se traduce en satisfacción por el camino emprendido con profunda humanidad y amor. Con tenacidad sobrehumana y pundonor. Me refiero

al desarrollado por la Tita Mercedes, que dejó la vida terrenal hace ya quince años. Según los médicos, a causa de un accidente cerebro vascular. De acuerdo a mi madre, de tanta pena acumulada.

Con mi hijo de dos años en brazos, contesté la llamada de un oficial de la armada que me transfirió la secretaria (previa verificación de identidad mediante inteligencia artificial) de la oficina legal en la que me desempeñaba como abogado. El marino me comunicaba que, corroborada toda la información que disponía, la institución podía asegurar donde estaban los restos de Vladimir Heriberto Seguel Seguel, mi abuelo. Las lágrimas brotaron repentinamente. No quise que nadie me viera llorar, tal como lo hacía mi abuela cuando las callaba con la almohada. Ya más sereno, llamé a mi madre para entregarle la anhelada noticia que demoró sesenta y cinco años en revelarse. Tuvo que cortarme ya que no aguantó la emoción. De igual manera se manifestó mi mujer, la que conocí en el liceo, aquella muchacha que se me unió en la búsqueda incesante de encontrar la verdad. «Prohibido olvidar. La memoria transforma el dolor en esperanza; la muerte en vida y la impunidad en justicia», era uno de nuestros lemas desde adolescentes.

Como cada 11 de septiembre, continuábamos como familia conmemorando la boda de mis abuelos. Pero esta vez se nos unió una figurita de mazapán vestido de novio, flacuchenta y barbuda. El Tata por fin coronaba la torta de mil hojas con manjar y nueces junto a la Tita. El más feliz era Vladito, mi hijo, más cuando entre todos apagamos las sesenta y cinco velitas, sin entender, él, aún, que tal día fue añorado por tanto tiempo.

## *Primera mención honrosa*

**Iván Aníbal  
Polanco Adasme**



Tiene cincuenta y ocho años, es casado con Patricia y tiene tres hijos y cuatro nietos. Trabaja como supervisor de mantenimiento en aviación, es aficionado a la lectura latinoamericana y escribe pequeñas historias. «Este relato es un pedacito de mi biografía, mi nombre se encuentra entre los muchos que sufrimos torturas y logramos superar los odios sin necesariamente olvidar».

## El viejo galpón de 1985

A los dieciocho años recién cumplidos, en el año de 1985, aún inmaduro, sin una idea clara de ideologías políticas, estudiando en un liceo industrial para poder terminar mi cuarto medio, solo por cumplir los deseos de mi madre la que se esmeraba en juntar la plata a escondidas de mi padre, un empleado municipal con un sueldo de miseria, para pagar la mensualidad, para que yo, el menor de sus seis hijos, pudiera tener una profesión. Aunque para mí lo importante y mejor era la hora de la pichanga de barrio, con su tercer tiempo con los amigos, esos mismos que de cinco días de colegio, solo iban cuatro, con suerte. Con los que también en las noches, como un deporte propio de la inmadurez y la juventud, nos hacíamos cargo de una historia de dictadura y represión en la que crecimos realizando barricadas, cantando consignas políticas y arrancando de carabineros y militares que cada noche circulaban por la población en sus zapatillas, zorrillos, guanacos, micros y tanquetas. La verdad, pensándolo hoy, de cierto modo, sin saberlo o asimilarlo, si fuimos parte de la historia de la dictadura militar de sus últimos años. Esos de la gran marcha en abril de 1982, donde no tan



solo se marcó el inicio de la recuperación de la democracia de nuestro país, sino también dio el comienzo a mi historia, la que hoy, a mis cincuenta y ocho años, me atrevo a recordar y escribir, la que recién, hace unos años tuve el valor de contarle a mi mujer y a mis hijos, a los cuales nunca quise involucrarlos y que crecieran influenciados por rencores y odios que no les correspondían, los que tal vez no le hubiese permitido ser las grandes personas que hoy son.

En una noche pase de ser un joven «revolucionario» de esos de pelo largo, morrales, parroquias con quermeses de vino navegado, canciones de protestas y frases prescritas, a vivir una realidad que nunca pensé que causaría tanto llanto y dolor a mi madre a mi padre y hermanos. Esa noche de abril del 82, en la gran protestas de Chile, donde se sumaron gremios de trabajadores, sindicatos, estudiantes, transportistas y muchos más entrada la noche, en una barricada inmensa, como nunca antes se había visto, con neumáticos encendidos y donde se creaba la historia de la verdadera lucha de población, de pronto nos encontramos rodeados de carabineros y militares, los cuales, sin darnos tiempo de arrancar, nos rodearon como si todo hubiese estado planeado y predispuesto. De un momento a otro me

encuentro entre gritos y carreras desesperadas, corro y entro a la casa más cercana y sin pensarlo, de pronto, me encuentro sentado junto a una anciana en la cocina de la casa, que tomaba un té muy tranquilamente. Entonces, patean las puertas y se meten a sacar a un hombre que se escondía en el entretecho de la casa. «¿Qué hacía y cómo llegó ahí tan rápido?», nunca lo supe. Lo sacaron arrastrando a golpes de pies y puños, todo esto pasando alrededor mío y de la anciana sentada a mi lado. De pronto, ya prácticamente fuera de la casa, un militar, no sé si con rango alguno se devuelve y me pregunta medio confundido: «¿Y tú *soy* de aquí?», y antes de cualquier respuesta mía, la anciana dice con voz suave: «A él yo no lo conozco», y de ahí todo a negro. Golpes en el cuerpo, la cabeza, y prácticamente, arrastrado al camión celular, caigo dentro con cuatro o cinco personas, más no recuerdo muy bien por lo oscuro que se encontraba. De ahí comienza una posta de redadas en diferentes partes de la población, bajo una constante lluvia de piedras y más de un balazo que impacta al carro. Dentro del carro celular algunos lloraban, otros gritaban, en el fondo todos estaban asustados por no saber que vendría. Luego de horas recorriendo bajo esta condición, llegamos a una comisaría la que hasta el día

de hoy no sé de cuál se trataba. Nos recibieron con un callejón oscuro (golpes de pies y puños), formado por carabineros y militares, desde el carro celular hasta una cancha interior. Ahí nos separaron, a las mujeres las llevaron no sé a dónde, y a nosotros, sin preguntarnos o decirnos nada, nos ordenaron en líneas y nos pusieron de rodillas con las manos en la cabeza, después de un par de horas en esta posición, y con un militar que caminaba fusil en mano entre nosotros para golpear con una patada en el pecho cada vez que por dolor de las rodillas perdías tu posición inicial. Pasamos la primera noche, luego, nuevamente, mediante el callejón oscuro, llegamos a otro carro celular el cual después de unas horas de viaje e incertidumbre, nos dejó en una especie de galpón muy alto, con piso de cemento, con una letrina y un lavadero de agua al fondo en donde se encontraban más personas como nosotros. Pasamos ese primer día sin hablar mucho entre nosotros, producto de la desconfianza que generaba el estar ahí con personas desconocidas o que tan solo habías visto de pasada en alguna quermés o fogata, solo frases cortas tales como: «Hola, cómo te llamas», «De dónde eres, dónde estaremos», «Qué nos pasará», eran los únicos susurros que se escuchaban en ese viejo galpón. Con



los días nos fuimos conociendo un poco más, éramos una extraña muestra de nuestra sociedad quebrada. Habían profesores, estudiantes, obreros, profesionales y dirigentes sindicales, todos los días en una rutina ya establecida. Durante las mañanas se efectuaba una ronda de interrogación, la cual era realizada en una salita con un foco, una silla, un médico, según decían, y dos militares. Las preguntas eran siempre las mismas, directas, rápidas, una y otra vez: nombre, nombre político, cargo en la organización, donde están las armas, nombres y direcciones de superiores intercaladas con ahogamientos y golpes cortos con toallas mojadas. Al final terminabas con un nombre y un cargo político inventado por ellos mismos y firmando un papel en blanco al supuesto médico. Cada noche, y protegidos por la oscuridad, caminaban entre nosotros que dormíamos en filas de colchonetas identificadas en el piso con un número que debíamos respetar. Con sus linternas encendidas, como eligiendo ganado para faenar, ya ubicado su objetivo entre nosotros, eran sacados en silencio y de los cuales nunca más supe cuál fue su destino final. Al pasar de los días y cada vez siendo menos comenzamos a memorizar cada nombre, cada dirección y cuál era el familiar más cercano de cada uno



de nosotros, como un juego mental para mantener la cordura y saber quiénes realmente éramos, pero también con el compromiso de que los que lograran salir con vida avisarían a la mayor cantidad de familias que lograran recordar, donde estuvimos detenidos. Así pasaron veinticinco días de frío, hambre y dolor sin saber qué pasaba afuera, qué era de nuestras familias, qué les habían dicho de nosotros, sabrían dónde estábamos, alguien estaría haciendo algo por nosotros o simplemente tendríamos que resignarnos a tener el mismo destino de los compañeros que fueron arrancados de nuestra improvisada casa durante cada noche.

En el día 26, al amanecer, cuando ya quedábamos veinte de los cincuenta que éramos inicialmente, nos subieron en grupos de diez a dos carros celulares sin decir nada. Era el momento del final, aterrados comenzamos ese último viaje después de unas horas de escuchar murmullos de rezos, llantos y despedidas. Llegamos finalmente ya resignados y entregados a lo que viniese, para nuestra sorpresa ese lugar era el Primer Juzgado de San Miguel. Nos dejaron y se fueron sin decir nada. De uno en uno fuimos pasando, firmamos un papel médico y un documento de liberación por haber infringido la ley de seguridad del interior del Estado, y nos dejaron

maltrechos, flacos y sucios en plena calle Ureta Cox. Cada uno comenzó a caminar instintivamente en diferentes direcciones de regreso a casa, sin decir nada, entre muchas personas que te ofrecían su mano, su ayuda, una marraqueta, un jugo, un té, más allá de los dolores físicos producto de las torturas y el hambre. Éramos seres sin identidad, quebrados, destruidos psicológicamente, humillados, con la capacidad de mirar de frente perdida. Eso solo fue lo que sobrevivió de nosotros. Hoy ya con nuestras vidas reconstruidas, con los años guardamos esos sucesos en lo más profundo de nuestros recuerdos, pero al dormir cada noche aún reaparecen las siluetas de los depredadores que con sus luces nos acosaban cada noche y que nunca dejarán de ser parte de nuestros recuerdos.

## *Segunda mención honrosa*

**Manuel  
Rivero Vega**



Nació un 12 de enero de 1989 en San Felipe, región de Valparaíso y actualmente reside en la región Metropolitana, Ñuñoa. «De pequeño me interesé en la escritura y desde entonces, siempre me ha acompañado». Se tituló de psicólogo y de forma paralela se dedica a algunas terapias holísticas. Le gusta el género de la ciencia ficción, especialmente el cyberpunk y le inspiran autores como Philip K. Dick o Frank Herbert. Actualmente está escribiendo un libro relacionado a este género.





## El Memorial

El cabezazo en el vidrio me hizo despertar de golpe. No recuerdo en qué momento me dormí. Estoy sintiendo un dolor punzante en la cabeza que cruza desde mi frente hasta la nuca, como si me hubieran atravesado un fierro y siento un pequeño mareo. El dolor ya pasa y miro hacia afuera para saber por dónde estoy pasando, pero las ventanas están empañadas. Odio mirar afuera y no ver lo que está pasando, o no poder calcular cuánto rato me queda para llegar a la casa, así que cada cinco minutos limpio el vapor helado con mis dedos que parecen congelarse. Inclino un poco mi cabeza hacia la ventana para mirar hacia arriba y ver como estaba el clima... parecía que cielo se estaba cayendo. Luego de ubicarme, observé a la gente que iba en la micro: toda abrigada, tensa, muda y seria. Yo siempre de bajo perfil, así que nunca me miran, tampoco las personas que toman asiento a mi lado. Siempre ha sido como que no existo, por eso me gusta llegar a mi casa, porque me esperan y ahí soy alguien. Es como si me materializara y de repente soy padre de familia, esposo y hombre, y eso me hace feliz.

Íbamos por 5 de Abril, en uno de los paraderos siempre se subía un guitarrista canoso y de pelo



largo para recordar a Víctor Jara y a Violetita Parra, esas canciones evocaban imágenes en mi cabeza de los poemas y los cuentos que escribía antes de ser profesor y que a veces le escribía a la Amelia. Pasaron unos minutos cuando ya nos íbamos acercando al memorial de Villa Francia, que estaba ahí al medio del bandejón, ese monumento siempre me inspiraba, así que saqué mi libreta y escribí: Parece un portal en el tiempo, una especie de oasis esperanzador, que se viste de desolación. Es un encuentro entre el mundo mortal y el espiritual. Es como el encuentro que nunca pudo cumplirse, un espacio que supera lo infinito. A veces me imagino a esas personas desaparecidas bajando del cielo y que todo ese tiempo perdido se transforma en abrazos, en choques de manos, en besos y en caricias que posiblemente se han esfumado en recuerdos hacia el sol. Su esencia se ha vuelto partículas de lluvia, se han hecho parte del humo de alguna fogata o se encuentran danzando con el viento cambiante. Más encima no les dejaron vivir otro domingo familiar, a echar humo con un cigarro, a resolver un conflicto entre los suyos. No pudieron acompañar a quien amaban el fin de semana a comprarles ropa a los niños, a ver los útiles de aseo que faltaban, a pagar la matrícula atrasada. No pudieron

disculparse con su pareja por la pelea de la mañana, o la del día de ayer. No los dejaron continuar con su destino, que es simplemente vivir.

El memorial siempre evoca en mis sensaciones y pensamientos: de algo incompleto, de algo que pudo haber sido, de algo irreal. Casi inalcanzable. Me imaginaba que aquel portal era una puerta directa al hogar que debían volver, me imaginaba que entraban en silencio, con una sonrisa, sorprendiendo a su gente querida o asustándoles con un grito fuerte. «¿Qué sería ahora? ¿El tiempo habrá hecho de las risas, hogares vacíos y muertos? ¿Se podría fusionar alguna vez el pasado y el presente? ¿Habrá algo más que una soledad árida encerrada en cuatro paredes? ¡Ja!»». Lo poeta no se me quita, pensé. Al terminar, guardé la libreta, nervioso y rápido en mi mochila.

Ya estábamos llegando, así que me levanto del asiento para bajarme. Paso entre la gente y me resulta gracioso sentir mi cuerpo liviano que parece atravesar a todos. Tiro el cordel medio seboso del timbre pero el conductor no hace caso, menos mal que uno de los pasajeros tira el cordel después de mí. Le grito al chofer: «¡Gracias!»», pero no me escucha. Al bajar de la micro piso un charco de agua, pero me alivia no sentir mis pies

mojados. Afuera hay un viento fresco y húmedo con olor a montaña, a tierra mojada como le dicen, además, el sol pega calentito en mi cuerpo, tanto así que me sentía a gusto. Alcé la vista en dirección hacia la escultura inmutable, grisácea y eterna en el tiempo, mientras la micro desaparece lejos.

El dolor de cabeza me vuelve a atravesar. Escucho un par de voces que me insultan y me pegan, no puedo ver nada, todo está negro. Me tiran al piso a patadas, tengo frío, estoy desnudo. Uno de ellos agarra mi pelo y me obliga a arrodillarme. Siento miedo, no puedo creer lo que me está pasando. Finalmente, el sonido de una explosión me hace volver en sí. «La Amelia, los niños, ¿dónde están?». Tengo que volver a mi hogar.

Entro a la casa, el chirrido de la reja me recuerda que tengo que aceitarla porque la Amelia se enoja que suene feo, así que lo voy a hacer en un rato más para darle una sorpresa. Al entrar veo el visillo blanco ondulando en la ventana y el mismo aire fresco que siento afuera se reparte por toda la casa visitando todas las habitaciones, como barriendo un polvo que estuvo años allí. No hay nadie, las camas están hechas y todo está en impecable orden. Creo que la Amelia no salió apurada como siempre y pudo ordenar nuestro nidito. Es

linda ella, me gusta su sonrisa, Así que me recuesto un rato en nuestra cama e imagino lo que están haciendo... «¿Estarán poniendo atención en clase los chiquillos?». No... Deben estar en recreo, jugando. Miro el reloj y son las once y treinta de la mañana. «La Amelia... la Amelia debió haber ido al centro», eso me dijo la última vez y no le alcancé a dar un beso.

Es rico sentir de nuevo nuestra camita y bien hechita y en eso la Amelia es rigurosa, a mí me gusta porque es su forma de darme la bienvenida, es aquí donde nos abrazamos y hablamos de lo que nos pasa todos los días, de los sueños y de lo que queremos hacer. Así es todas las noches, eso me gusta, me alegra. Aquí existo... este es el rincón íntimo de nuestro nido. La Amelia, los niños... ya los extraño, todavía no vuelven. Los ojos se me cierran poco a poco.

De nuevo vuelven los insultos, los golpes, el dolor de cabeza. Me despierto y el reloj está marcando la una y once, pero todavía no llegan. Me estoy preocupando. Creo que los iré a buscar, se está haciendo muy tarde.

Los niños y la Amelia deben estar saliendo del colegio, estoy un poco nervioso, así que me apuro mejor. Ahora mismo parece que la gravedad no existe, me siento casi flotando y la velocidad a mi alrededor aumenta

a cada segundo, pero de repente siento rabia, y cuando me pasa eso intento calmarme de alguna forma, así que me siento en el pasto que ahora está frío como el hielo, en verdad todo mi cuerpo está helado, pero mi interior está hirviendo, solo eso me mantiene vivo. El memorial está mirándome sin palabras y yo lo miro hipnóticamente mientras todo desaparece a mí alrededor. Ahí me quedo congelado y sin poder moverme. Lo único que a veces rompe mi trance son voces que me llaman desde arriba, ellos dicen que son mis padres pero no les creo y me vuelvo a enojar, e incluso, a veces, bajan algunas personas con túnicas blancas y luces alrededor para venir a buscarme y me dicen: «Ven con nosotros, te esperan. Te amamos»... ¿Pero no puedo! ¿Me asaltan las ganas de querer matar a los que mi hicieron esto! Y el caldero dentro de mí se vuelve a encender y desbordarse. Me paro y vago por las noches queriendo vengarme, caminando con los puños apretados. Para mi angustia no sé quiénes fueron y sus voces me gritan siempre, giran alrededor mío. En algún momento espero encontrarme por lo menos con uno de ellos y siempre imagino que estiro mis manos para agarrar su cogote y acabar con su vida, pero ni las piedras puedo tomar, el pasto no puedo acariciar, no

puedo, y me frustró... y me devuelvo. Vuelvo a la casa, se hace de noche y sigo esperando y a veces vuelvo al pasto duro y helado. Vuelvo al memorial cansado de no poder dormir, cansado de seguir sufriendo y de seguir sintiendo esta herida. Hasta que el portal se abre y veo de nuevo a la Amelia y los niños, eso me calma, y baja uno de estos tipos con túnica inundado de una luz brillante, intento resistirme pero siento calma, los ojos se me cierran y me despierto... me despierto en la micro camino a la casa. Eso me hace feliz, porque es el único lugar donde puedo existir.

*Tercera mención  
honrosa*

**Graciela  
Collao Angulo**



Tiene treinta años. Es osornina, en la actualidad vive en San Miguel. Sus autores favoritos son Sylvia Plath, Alejandro Zambra y Pedro Lemebel. «Estoy muy contenta por haber tenido la posibilidad de participar en este concurso, especialmente por la temática de memoria y derechos humanos».

## La llorona

Esto ocurrió en un pueblo al fin del mundo; un pueblo encerrado entre el mar y la cordillera, entre el desierto y la nieve. Uno podría creer que un pueblo así estaría protegido de los males de afuera, al estar tan encerrado, pero hay males capaces de traspasar cualquier frontera y de entrar en las ciudades, los barrios y, peor, en los corazones de la gente.

Los domingos eran el día de ir a la feria. Yo siempre iba con mi mamá, aunque ella no quisiera a veces, según ella porque yo me subía al carrito y al final era otro peso más que arrastrar. Fue uno de esos domingos cuando me topé con ella.

Al principio escuché un leve murmullo que se perdía entre tanto ruido de la feria, pero al ratito volvía a escucharla. Empecé a notar que el murmullo era en realidad un llanto. Era una señora ni muy alta ni muy baja, con el pelo negro como carbón y ojos verdes que brillaban como luces de árbol de navidad.

—¿Quién es esa señora? —le pregunté a mi mamá.

—Nadie. No le hagas caso —respondió.

Yo me preguntaba cómo podía no hacerle caso si estaba llorando y nadie llora porque sí; todos cuando

lloran tienen un motivo, por chiquitito que sea, pero un motivo al fin.

Desde ese día que no pude volver a ignorar los llantos y sollozos. Sentía que me seguían a todos lados. Empecé a escucharla cada vez que salía a la calle, hasta cuando estaba en la escuela la sentía a lo lejos. De repente ya empecé a escucharla hasta en mi casa.

Los demás niños de mi calle también habían notado su presencia. Algunos le tenían miedo, otros simplemente la ignoraban. Había muchas historias sobre ella; que la habían dejado plantada el día de su matrimonio, que era una mujer de una familia importante y que la habían echado de la casa porque se había enamorado de un peón o que simplemente estaba loca.

—Puros cuentos —dijo Alfredo, quien con catorce años era el mayor de todos nosotros, por lo que tenía más autoridad a la hora de hablar verdades. Ella era una señora común, de una familia común. Tenía cuatro hijos: uno de cuarenta años, una de veinticuatro, otro de diecinueve y un pequeñito de siete años. A todos se los llevó el invierno. Ustedes no saben porque son muy chicos, ni yo había nacido, pero hubo un año con dos inviernos. Estaba a punto de llegar la primavera y la gente del pueblo ya se estaba preparando para recibir el calorcito y que

saliera el sol, pero en vez de sol llegó la lluvia y en vez de calor hubo un frío horrible; se escarcharon las huertas y se volaron los techos. Era el peor invierno en años. Se llevó a muchos; hombres y mujeres, de todas las edades, hasta guaguas. Nunca más los volvieron a ver. Por eso llora la señora, anda buscando a sus hijos.

—¿Y por qué es la única que llora? —pregunté.

—Algunos prefieren olvidar no más y seguir adelante —dijo Alfredo, mientras dibujaba círculos en la tierra con una ramita.

Desde entonces con los niños le empezamos a decir la «llorona».

Un fin de semana de abril, recuerdo bien porque era el cumpleaños de mi tía Gloria, estaba toda la familia reunida comiendo un *asaito* en el patio, cuando de repente se empezaron a escuchar los sollozos. Al principio solo yo los notaba, pero se hacían cada vez más fuertes, hasta que ya todos en el cumpleaños los escuchaban.

—Tanto que molesta esta señora, si eso pasó hace tanto tiempo ya —dijo mi tío Alberto.

Yo pensaba en que no podía haber sido hace tanto tiempo, si la señora seguía viva y se notaba que le quedaban hartos años más. Aparte, yo me preguntaba cuándo

ya se volvía absurdo llorar porque yo había perdido mi muñeca Elianita el año pasado en el campo de mi abuelita y todavía me daba pena cuando me acordaba y no sabía si algún día me iba a dejar de dar pena.

—¿Déjese de molestar, señora! —gritó mi mamá por la ventana.

—Deja que lllore a sus idos tranquila ¿O se te olvida que tu hermano casi se lo lleva el invierno también? —le dijo mi tía Angélica cerca del oído.

—¿En esta casa no se habla del invierno! —gritó mi abuelita desde la mesa e inmediatamente todos volvieron a hacer lo que estaban haciendo antes de que pasara la llorona y así siguieron, ignorándola hasta que ya su llanto se había vuelto parte del paisaje.

A mí me estaba empezando a preocupar la cosa. Sentía que la llorona me seguía a todos lados; al colegio, a la iglesia, al campo de mi abuelita; hasta empecé a oírla en las noches y ya no podía ni dormir. Cada vez lloraba más fuerte. Un día ya no di más. Me había decidido a ayudar a la llorona. Me la topé a la salida de la escuela y, aunque tenía un poco de miedo, la tomé del brazo y le dije que no tenía porqué seguir llorando solita, que yo y los demás niños del pueblo la íbamos a ayudar a encontrar a sus idos. Ella solo me miró fijamente y siguió caminando.

Los niños de mi pasaje me apoyaron al tiro, los de los demás pasajes no estaban tan convencidos, pero se sumaron igual. A los días los chiquillos del liceo también quisieron ayudar y las chiquillas del colegio de monjas también. Después llegaron los cabros más grandes, los obreros, las verduleras, las profesoras.

Y la llorona ya no lloraba sola; de pronto éramos todos lloronas, de los más chicos a los más grandes, los flaquitos y los regordetes, hasta la señora Anita, que nunca se metía en nada, se había vuelto una «llorona». Había lloronas que siempre habían sido lloronas, pero que lloraban en silencio, a escondidas, tratando de no molestar. Ahora podían llorar.

Y partimos nuestra búsqueda de los hijos que se había llevado el invierno. Yo agarré mi morral y metí dentro un par de calcetines porque mi mamá dice que nunca se sabe cuándo una va a necesitar otros calcetines, un gorro de lana por si me daba frío y un pedacito de dulce de membrillo por si me daba hambre.

Recorrimos el pueblo de norte a sur y uno a uno los fuimos encontrando; entre la arena del desierto, en el agua de los ríos y los mares, en los lagos, entre los bosques de árboles gigantes y también en los de árboles pequeñitos. Nos estaban esperando, tal



y como se habían ido, como si el tiempo se hubiera detenido en ellos.

No lo encontramos a todos, pero seguimos buscando, yo y todas las demás lloronas y cada vez que un niño o niña del pueblo empieza a escuchar los llantos, le contamos la historia del año con dos inviernos y de cómo se llevó a hombres y mujeres, que están en algún lugar de la tierra esperando a ser encontrados.

Para que nunca más vuelva a haber un invierno tan frío como el que golpeó a este pequeño pueblo, encerrado, entre el mar y la cordillera, entre el desierto y la nieve...

## *Categoría* **Poesía**



## *Primer lugar*

**Alberto  
Torres Espinoza**



Es ciudadano de la comuna de Cerrillos, lugar que albergó sus primeras experiencias literarias e impulsó a incursionar en la escritura, tanto de poesía como de narrativa. Está profundamente agradecido por ello. La música es otra de sus grandes pasiones, especialmente aquella que armoniza con los momentos en que lee o escribe. Además, es un ávido lector y no se limita a ningún tipo de género literario en particular. Esto ha resultado en que no tenga un autor predilecto; el libro que llegue a sus manos será el que leerá. Independiente de si es un poema, una narrativa, un epigrama o una canción, siempre está dispuesto a leer lo que cualquier autor haya escrito. Cree firmemente que si alguien fue capaz de escribir algo, en este planeta o en alguna parte del universo, debe tener la delicadeza suficiente para leerlo.

## País Talado

Pinto un país falso, dioses cobardes  
mientras septiembre se nutre  
de caminantes extrovertidos en la Alameda:  
banderas, pancartas, tricolores emblemas,  
rostros curtidos, niños que juegan.

¿Cincuenta años? ¿Es posible?  
¿Es una suciedad del tiempo?  
¿Es un sueño que planea  
sobre las sábanas del encantamiento?

Y yo aquí, en mi zona de confort,  
adornando el paisaje en el espejismo  
de un país que se partió en dos.

Cincuenta años rodaron  
a través de mi padre que aviva la silla de ruedas,  
lo acompaña mi madre, que sonrío  
y despliega la hojarasca esperanzadora.



Y yo aquí, adherido a las persianas de un país roto,  
de ideologías siniestras  
en la parafernalia del cobarde y su cobardía;

siempre atrás, murmurando,  
frenando mis derechos,  
y los de otros que son nadie,  
para que no me registren con el dedo.

Dedo que es más cobarde que yo.  
Mientras mis padres ruedan por la Alameda,  
sin apuntar el dedo al tropel vociferante;

donde baila el agua y la voz,  
el sudor y la risa, la emoción y la bandera,  
en septiembre acuñado en tonos alegres  
que alejan la indiferencia de la historia.

Y yo aquí, bailando como un tronco seco y sin ritmo:  
bailo, me alejo de las persianas, bailo, voy por un café,  
bailo, derramo el café; mi ritmo y el café no se llevan.

Suspiro, mientras el folclor ondulante  
congrega a otras persianas  
que enarbolan banderines acompasados  
para que el cielo oiga la tonada del país talado.

Busco de mis padres y su silla de ruedas,  
pero ya hay muchos, miles, los ancianos:  
ruedas que ruedan en el asfalto de banderines tricolores.

Pinto un país falso, dioses cobardes,  
y me recuesto en la Alameda  
del indómito septiembre,  
elevo la vista hasta donde observo

la lejanía de mis persianas;

miran, mis persianas;

el crepúsculo donde todo es distinto  
desde el párpado vertiginoso de las alturas.

Y yo aquí, que me creí pintando un país falso.

## *Segundo lugar*

**Viviana Pilar  
Jaramillo Pérez**



Educadora diferencial de profesión, nacida en la región de Los Ríos, en la localidad de Malalhue, un pueblo inmerso en la frondosa naturaleza del sur de Chile. En sus tiempos libres se dedica a la creación literaria incorporando a sus escritos vivencias personales, rescatando elementos históricos y elementos distintivos de la naturaleza. Gusta de leer la clásica obra de Gustavo Adolfo Bécquer y Miguel de Unamuno. Autodidacta, guiada por sus dotes artísticos y sentido de la estética ha explorado en la confección de arpilleras, bordados, telares y tejidos en fibra natural.

## Regreso

Regreso de lo que fue:

Un camino viejo,

Memoria palpitante

Pasado indescifrable;

Apariencia espuria

Búsqueda incognoscible

Recuerdo trascendente,

Raíz insondable.

Remembranza luctuosa,

Historia inefable.

Regreso al hoy:

Camino nuevo,

Metas solemnes

Derecho indeleble;

Respeto inextinguible

Cimiento apacible

Valores imborrables;

Sentimiento acendrado,

Desafíos deleitosos

Amanecer ansiado.

Regreso aquí:



Cincuentenarias estaciones;

Libertad certera,

Sentido Acrisolado

Sensatez estrechada;

Investidura suntuosa

Oportunidad pretendida,

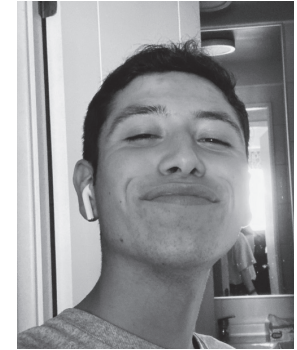
Intención Depurada,

Proclamación animosa.

Patria soñada.

## *Tercer lugar*

**Diego  
Cabrera Osorio**



Oriundo de Pichilemu, actualmente estudiante de Ingeniería Matemática en la Universidad de Santiago de Chile. Desde no hace mucho, ha desarrollado el hábito de leer y escribir pequeñas novelas que comparte entre sus más cercanos, generalmente enfocadas en temas que involucran el paso del tiempo y/o cuestiones del pasado. Entre sus *hobbies* están correr y andar en bicicleta; disfruta mucho de la música ambiental (Nicholas Britell o Hans Zimmer), sobre todo para estudiar y le gusta mucho tomar té.



## Carta de un padre a su hijo

Si mi memoria no falla, ya han sido cincuenta inviernos  
/sin ti.

Probablemente me queden unos treinta o veinte más  
/por vivir

sin saber dónde te encuentras, pequeño.

Siempre fuiste un amante de la política y del pueblo,  
sabías cómo llegar a la gente y eras honesto,  
y eso te hacía brillar.

Pero nos dejaste. Te perdimos durante el golpe militar  
del setenta y tres. Tenías todo un mundo por recorrer.  
Fueron tiempos difíciles, donde el dolor y la impotencia  
/parecían devorarme

como un fuego interminable

desde lo más profundo de mi Ser.

Tu madre falleció el año pasado, sin saber  
nada de ti. Yo tengo miedo de morir,  
sin saber dónde estás;  
miedo de olvidar,  
dolor de existir.





*Primera mención  
honrosa*

**Mariela Fernanda  
San Martín Arias**



Es trabajadora social, feminista y escritora. Nacida el 8 de febrero de 1991. Actualmente vive en la comuna de Ñuñoa, aunque fue criada en la periferia de Santiago, comuna de La Pintana. Comienza a escribir a temprana edad, con tan solo doce años elabora su primer poema. Su escritora favorita es la chilena Teresa Wilms Montt. Además de escribir, también practica la observación de aves. Uno de sus próximos proyectos es publicar una obra literaria.



## Caso quinientos trece

No podía ver, la venda me tapaba hasta la nariz  
camine por una escalera que estaba boca abajo,  
Sumergida entre bloques de cemento,  
intente bloquear la luz de mi memoria  
ser otra en esa sala.

Pregunta tras pregunta,  
golpe tras golpe,  
sentía como caía la sangre sobre mi cara,  
mi pelo se salía a mechones  
—mi mamita ya no me podría hacer esas trenzas que  
/tanto me gustaban—,  
eso pensaba mientras los chanchos gritaban que era  
/una puta Comunista  
«¡Putá Comunista!, ¿Dónde están los maricones de tus  
/compañeros?!, escondidos  
como ratas están los hueones».

Después de eso nada fue lo mismo,  
me quemaron el alma y la yema de los dedos,  
mi piel la usaron de cenicero,



el único fuego que me gustaba era el de las ollas comunes,  
me quitaron el miedo a perder mis convicciones,  
nunca hablé, nunca delaté, nunca dije mi nombre.

Yo morí la mañana del 12 de octubre,  
desde un auto me tiraron,  
caí tan liviana como una hoja de otoño quebrada al piso,  
envuelta en una frazada,  
despojada de humanidad, me dejaron sobre el pasto  
/congelado,  
tan inerte como mis ojos nublados pude por fin hablar.

Fui encontrada la mañana siguiente,  
con la mirada abierta y mis pies embarrados,  
el papel dentro de mi boca decía «Putá Comunista».

## *Segunda mención* *honrosa*

**Pablo  
Soto Alarcón**



Nació en Quilpué en 1979, es periodista, magíster en Comunicación Estratégica y experto en generación de contenidos para medios digitales. Su primera relación con el género poético comienza durante sus años como estudiante, tras conocer a autores como Rimbaud, Baudelaire, Neruda y Poe. Desde 2017 inició formalmente su recorrido para convertirse en poeta y escritor. Actualmente se encuentra trabajando en la publicación de su primera obra.

## Peso muerto

Hombres y mujeres atrapados en edades  
son convivientes contigo por cincuenta años;  
lucen andrajosos,  
porque ya no tienen nada que perder.

Tu sombra endeble se arrastra por esta tierra triste,  
donde mártires se lamentan con un  
canto que palpita;  
ya no basta con mirar iglesias maltrechas que  
nadie habita,  
allí donde alguna vez dormiste.

Un lamento golpea cuerpos invisibles  
sosegados por el barro,  
detenidos con su cólera te visten.  
Arma que constriñe angustiadas confesiones  
que ahora aullan nocturnas y perpetuas,  
son plegarias fantasmas que deambulan por el aire.



## II

Lillo, teniente brutal;  
pasas lista silbando el himno de la muerte,  
es un sonido que anuncia la vergüenza que se pierde  
en una pesadilla escondida y casual.

No hay capitanes a quienes informar,  
no existen uniformes, a la vista son solo miserias,  
cuerpos que deambulan por soterradas periferias,  
corazones diminutos que el viento logra congelar.

Son los fantasmas los que no dejan vivir la vida en paz;  
desfiguran sus rostros cuando se vuelven para mirar,  
porque transgreden el miedo con una voz espectral.

No es la piel la que tiritita,  
tampoco son los huesos;  
es el pasado anónimo que se pierde en  
la locura de un país.



## III

El perdón por herir aullando es testigo  
de la patria que se desvanece trépida,  
cuando no existe extremaunción que se  
arrodille para perdonar.

Acariciar a los nietos con la mano pestilente a funeral,  
en los dedos se manifiesta el hambre,  
porque en las venas hay plomo, púas y alambre,  
niños jugando en un plano inmaterial.

Alguien se acerca y se aleja para sortear el olvido,  
son almas que viven de memoria  
en una zona lateral.

La imagen de un grito, destemplado,  
se oye cuando se alarga la espera por los ausentes  
que no regresen a casa.



#### IV

La vida basada en órdenes siempre es elemental,  
no considera voluntades en estado de misericordia,  
a través de cuerpos débiles que miran bajar a una diosa,  
es la muerte vestida de blanco natural.

Costras taparon con tiempo las viejas heridas,  
pobres vidas inocentes desgarradas por tus manos,  
a lo lejos prisioneros escuchan una radio,  
se oyen arcadas al contacto con sus vidas.

Decenas te esperan al otro lado de la línea,  
ahí donde el tiempo arde sin río,  
donde ángeles asesinos esperan con el puñal en la mano.

Sobre tu cuerpo alejado de cielo te dan vuelta la cara,  
cuando tu rostro cae pesado en el último momento,  
para seguir en muerte eternamente muriendo.

### *Tercera mención* *honrosa*

#### **Robinson André Vega Vera**



Su familia se trasladó a la ciudad de Punta Arenas en 1989 cuando tenía menos de dos años de edad. En el austro estudió y trabajó haciendo clase en distintos lugares. Para transitar por la ciudad prefiere utilizar la bicicleta, aunque también frecuentó los viajes a pie, y en el invierno frecuentó también las micros. A pie, toma veinticinco minutos llegar desde su hogar a su actual lugar de trabajo. Es un empedernido bebedor de infusiones: té, café y mate. Los intercala para evitar malestares. También gusta de otros brebajes. Entre sus lecturas suele volver a los autores locales: Pablo Cifuentes, Miguel Eduardo Bórquez, Marcela Muñoz, Pavel Oyarzún, Juan Mihovilovic, Óscar Barrientos, Rolando Cárdenas, Aristóteles España, Ramón Díaz Eterovic, entre tantos otros.

## ¿Qué cuidas en mí?

¿Qué cuidas en mí?  
la sangre diluida en el tiempo  
los ojos o la frente de mi padre  
la sonrisa o el ruido de los pasos  
de un familiar que jamás conocí  
la promesa de sueños antiguos  
de una vida que se perpetúa rizomática  
entre los dedos del árbol genealógico  
que se agrietan queriendo alcanzar el cielo  
que reverdecen y marchitan otra vez  
cada vez que abrazan el vacío  
y en él cultivan una historia incógnita  
que a penas sabremos contar  
alrededor de la cocina  
entre el humo y los hielos  
persistentes como el oleaje  
invocando esos relatos a sus protagonistas  
que cada vez son menos  
entonces acudiremos a sus testigos  
que cada vez son menos  
y nos quedarán las reversiones  
de nuestra biografía fracturada



por la reforma agraria  
por el gobierno de la unidad popular  
por la dictadura  
por la dictadura  
por la dictadura  
por el retorno a la democracia  
por la farsa de la democracia  
por el estallido social  
por la pandemia  
por los plebiscitos  
todas las versiones de nuestra historia  
las contará distinto cada eslabón  
cultivado por esta sangre diluida  
¿qué cuidas en mí, entonces?  
mi frente frágil ante el pavimento  
o mi paso errático entre los árboles  
la mirada extraviada en la muchedumbre  
o la alegría verde que me baña  
y deposita mi desnudez ante tus ojos  
que han cuidado ya otros cuerpos casi embrionales  
que han regado amorosamente los hombros de mi padre  
de mi legión de primas y primos  
que riegan como el rocío de una cascada  
mi rostro incrédulo de la humedad

¿será la humedad lo que cuidas en mí?  
porque no poseo el relato fundacional  
ni la versión virgen de mis ancestros  
miro el rostro de mi padre y puedo diferenciarlo del mío  
miro mi rostro y no lo veo en mis abuelos  
miro tu rostro y puedo ver el amor en tus ojos  
¿qué cuidas en mí con esa mirada?  
¿qué es lo que alimentas si mi boca no es la de tus hijos?  
ni mi cabello se cae del mismo modo que el de ellos  
ni mi nombre rima con el de ellos  
¿qué cuidas que habita este cuerpo entumecido  
por el tiempo leve e insondable que transitamos?



## *Colofón*

Este libro se ha publicado por Bibliometro.

En su interior se utilizaron las fuentes

*Billon Dreams regular* y

*Biblioteca* con sus variantes

sobre papel ahuesado 80 grs.

La portada es papel couché opaco 250 grs.

Se imprimieron 500 copias.

## *Equipo editorial*

Karin Palacios Alegría

Andrés Torres Meza

Carolina Ávila

### **Ilustración**

Mariel Sanhueza

### **Diseño y diagramación**

Andrés Torres Meza

### **Impresión**

Feyser

